

Peripecias de la inundación

Los editores, al solicitar mi colaboración, me dicen que este año van a dedicar la casi totalidad de la revista a comentar la riada. Yo no sé si esta otra riada de comentarios tendrá la importancia que aquella otra acuosa que tantos daños ha acarreado y tampoco sé si entre todos los cronistas locales lograremos recoger los diferentes aspectos que ofreció aquel luctuoso día. De todos modos, yo voy a lo mío, ¿esto es, a ver si reflejo lo extravagante, lo tragi-cómico, nada más que para ayuda o recordatorio de los historiadores venideros ya que nada puedo escribir que no hayan presenciado mis do-lientes convecinos.

Frente al viejo caserón del humilladero o ermita de Santa Clara que no pudo resistir al ímpetu de las turbulentas aguas, el aniano Lorenzo, adherido como una lapa a una mísera viga crujiente demandaba auxilio a la vecindad circundante. Con trémula voz pedía una cuerda, una chalupa o un trasatlántico que pusiera término a aquella angustiada situación. Las vecinas agoreras y aterrorizadas creveron infundir valor lanzándole como áncora de salvación, no lo que el infortunado pedía, sino: ¡Ay Lorenzo, Lorenzo, rece Vd. con nosotras el señor mío Jesucristo antes que se vea en la bahía de San Pedro!

Mediada la mañana de aquel memorable día el amigo Imaz (Larru) propietario del bólico **atzetik bultzaka** marca «La Carretilla» estiraba el gatzate pidiendo a grito pelado: «Pan, quiero pan (más pan quiero, madre)» y gracias a que pudo conformarse con las riquísimas galletas Olibet que no faltaban en su casa.

Corajudo y humanitario, un sacerdote se lanzó al agua con ánimo de socorrer a una mujer que corría el peligro de ser arrastrada por la corriente. ¡Despójese Vd. de sus hábitos, ponga en peligro su propia vida, para que despues, las trompetas de la Fama atribuyan el heroico salvamento, al espectador que cauteloso y **doctoral** presenciaba el hecho desde un balcón!

Mi vecino, el sastre Buenechea, arrinconado por las aguas en su taller de planta baja, veía atónito como subía el nivel y cómo los flamantes maniqués danzaban ante sí un can can extraño y ondulante. Estuvo a punto de enloquecer, hasta que pudo ser libertado asiéndose a la improvisada escala de una sábana anudada.

El zapaterito de Azkenportu que dormía sobre el mostrador de su espléndido establecimiento de la planta baja de la Equitativa Labaca, al sentir sus nalgas humedecidas y lami-

das por la torrencial agua, cortó bruscamente sus sueños de industrial, echándose a nadar como un tiburón.

Una preciosa ternera que fue sorprendida en las praderas de Oyarzun, braceando de lo lindo y asomando el hocico como una foca llegó hasta el tejadillo mismo del edificio YUTE donde pernoctó. Bien merece que pues sus compañeras le otorguen el primer premio de natación bovina.

La estatua «La Cirila», íntegra e impeterrita, presenció la catástrofe sin arrugársele el ombligo, confiada en que la corriente no sólo llevaría materiales y más materiales, sino también las tantísimas perrerías que se dijeron de su impúdica desnudez.

Uno de los morroskos de «Manolo el pintor», el de la «pajarilla» como dice Vázquez, dio por unos momentos la nota patética evidenciando de paso su incipiente egoísmo: «Mira aitacho, el agua lleva la caja de los **suses**». Y en efecto, allá fueron flotando nuestras amables propinas a la Simona

En el museo-garage de la Alameda donde tantas antiguallas de inestimable valor se guardaban, las aguas solo respetaron la sección técnico-administrativa del amigo Primitivo, montada como bien se sabe, a gran altura.

Yo oí clarísimamente el **glu glu** del motor que se ahogaba en un garage de la vecindad, indiferente al desconsuelo de su dueño amigo Antonino. Pero no te apures, que también se ahogó el mío.

Es indudable que las aguas alcanzaron mayor altura debido al incesante llanto de los que luego habían de llamarse «damnis».

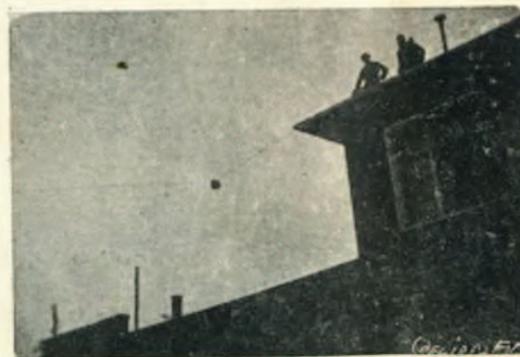
Entre el sinnúmero de artefactos que eran arrastrados por las aguas, unos pantalones de miquelete daban un tinte bello a la catástrofe.

Los tabloncillos de Uranga, los rollos de la Papelera, los perfumes de Capó, los menús del Panier, los aceites de Areizaga, los relojes de Copel, las camisetas de Merkía, drogas, enseres, animales y la vida del infortunado joven León Pérez, todos se sintieron súbitamente navegantes, y todo se perdió. Todo, menos el optimismo y la vitalidad dinámica de Rentería, que, cual ave Fénix, resurgirá pujante, pese a la durísima prueba en que los elementos desatados le colocaron esta vez. Así sea.

TACHUELA



La Esmaltería Guipuzcoana. (x) Nivel del agua



Traspaso de víveres



Calle Viteri y Sanchoenea. (x) Nivel del agua.

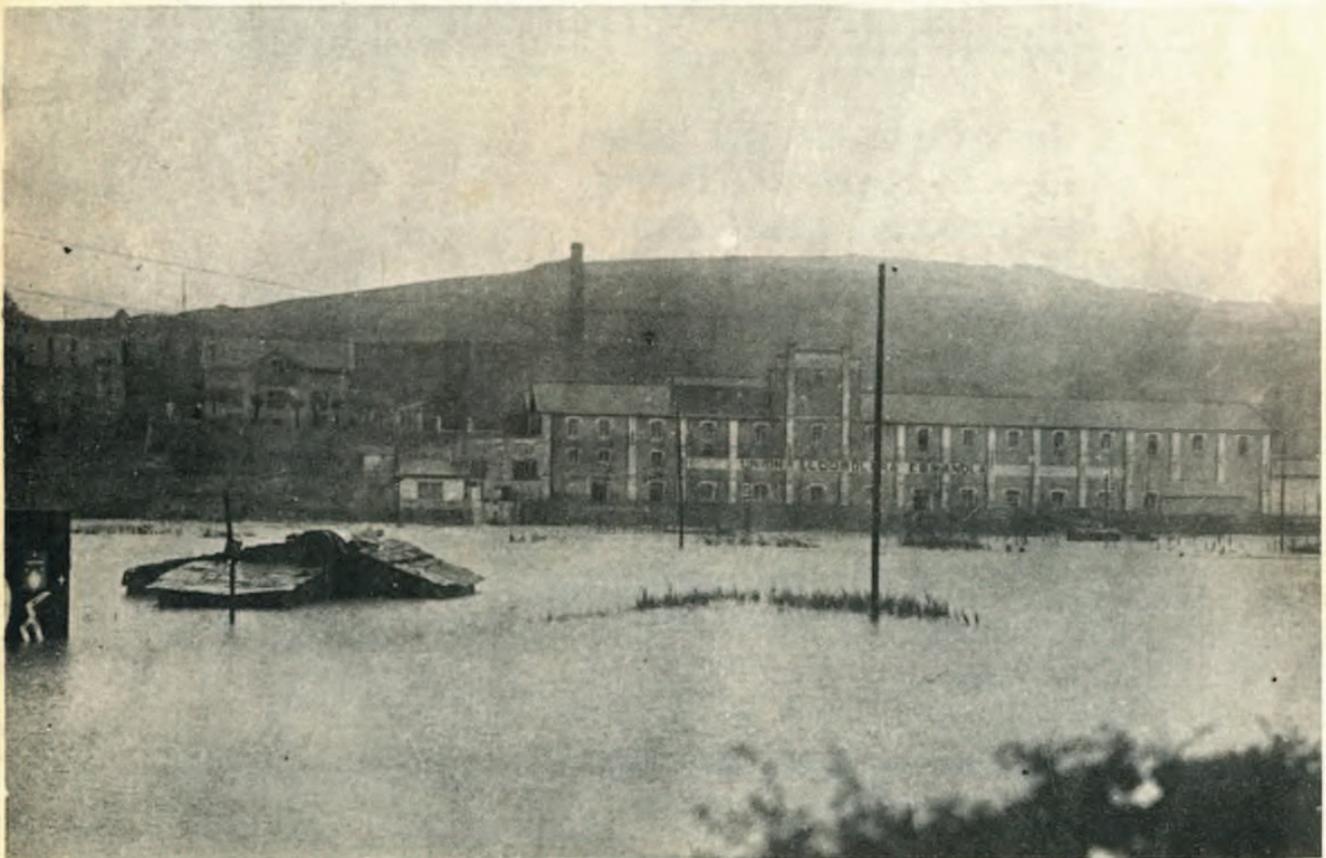


Un establecimiento de la calle Viteri después de la riada



=CRELIOS = FOT

Vista de la Papelera Española después de la inundación



La ribera de la Avenida de la República